

III

ECUMENISMO ESPIRITUAL

LA ORACION POR LA UNIDAD CRISTIANA

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO

Católicos y protestantes de Madrid rezaron interconfesionalmente por la unión de los cristianos, en los días 18-25 de enero de 1966. Con dicho motivo el Director del Centro Ecuménico Juan XXIII, de Salamanca, pronunció la conferencia que transcribimos aquí.

Hermanos en Cristo: Me siento feliz de poder dirigir mi palabra a esta comunidad reunida en torno a la honda preocupación de "orar por la unidad".

Agradezco sinceramente a los organizadores de esta "ejemplar celebración" de la Semana de la Unidad Cristiana el haberme invitado a descubrir mis pensamientos en torno a un tema tan importante y actual como es el de la "ORACION POR LA UNIDAD CRISTIANA".

Soy plenamente consciente de que me dirijo a cristianos de diferentes confesiones. Por ello no sufrirá la sinceridad, sino que en razón de ello debo ponerla más a prueba que de ordinario.

Trato de exponer dos puntos, especialmente:

- a) la necesidad que todos tenemos de orar por la unidad,
- b) las características que esa oración debe tener para que resulte verdaderamente ecuménica.

I.—NECESIDAD DE LA ORACIÓN POR LA UNIDAD

Si bien algunos cristianos dudan que sea muy necesario orar por la reconstrucción de la unidad visible de la Iglesia, en general hemos de admitir que para los más es un deber claro éste de orar por la reunión de todos los cristianos en una sola Iglesia.

Esta opinión común se ve reforzada por el hecho universal de frecuentes actos de oración, realizados en común con otras confesiones o en particular con los miembros de la misma comunidad.

Pero, no es demasiado frecuente la opinión, entre cristianos, de que "orar por la unidad" sea la principal e ineludible "acción ecuménica" que a todos toca cumplir. Muchos, con su mejor intención, piensan llanamente que hay cosas que hacer de mayor momento para restaurar la unión de los cristianos. Piensan, por ejemplo, que se contribuye más al ecumenismo dedicándose al "diálogo ecuménico", a la "convivencia fraterna", a la "colaboración caritativa conjunta", etc.

Para estos cristianos "orar por la unidad" es algo así como "lo único que podemos todos hacer", como el único recurso que nos queda, como algo que es necesario para que no se estanque el carro ecuménico de los teólogos o los jefes.

Es esto una opinión simplista y perniciosa para el ecumenismo. Simplista, porque revela muy poca profundidad en el misterio de la unidad cristiana. Y perniciosa, porque rompe la jerarquía de valores, colocando en último lugar lo que corresponde estar en el primero.

Para demostrar lo que decimos no queremos valernos de muchas filosofías y palabras humanas; nos basta mirar a nuestro común Señor. ¿Qué vemos en Cristo respecto de la unidad? Que, en la noche santa de los misterios pascuales, elevó sus ojos al cielo y

formuló su oración por la unidad en estos términos: "Padre, que sean uno" (Jn. 17). Es decir: el Señor, mirando a la unidad de los suyos, se preocupó, sobre todo, de una cosa: de orar por el mantenimiento de su unidad. No queremos decir que excluyera otras acciones ecuménicas. Al contrario, bien recomendada quedó, por ejemplo, la caridad, al decirnos: "este es mi mandamiento, que os améis unos a otros". Pero, lo que afirmamos es ésto: que Cristo, de cara al Padre, de donde arranca el misterio de la unidad, tomó postura marcada de oración.

II.—¿CÓMO DEBE SER LA ORACIÓN POR LA UNIDAD?

No basta orar por la unidad cristiana de "cualquier manera". Si queremos orar "ecuménicamente", hemos de descubrir las peculiaridades de la oración ecuménica. No sea que, pidiendo por la unidad, ahondemos más y más en la división, produciendo la escisión en la mismísima oración.

La oración que produce unión es:

oración de contemplación,
oración de penitencia y humildad,
oración de sufrimiento y dolor interior,
oración de abandono a la voluntad de Dios,
oración que pide la santificación de los bautizados.

a) *Oración de contemplación*

La oración por la unidad tiene un "modelo" de oración: la de Cristo. El nivel exacto de nuestra oración por la unidad sólo se logra si se "contempla" la oración del Señor.

Sería como poco respeto a Cristo no fijarnos en su oración por la unidad, cuando nosotros queremos orar por ella.

¿Qué contemplamos? Que la unidad cristiana arranca de la unidad trinitaria, y en ella se refunde. Porque dice el Señor: "Sean uno como nosotros, con nosotros, en nosotros". Es decir: que nos hallamos ante un profundísimo misterio. Misterio que debe, ya de por sí, definir en nosotros una postura. Postura de altísimo respeto a los designios de Dios sobre la realización de la unidad en sus creyentes, postura de petición ferviente sobre el cumplimiento de la voluntad manifestada por la oración suplicante del Señor.

¿Oran así nuestros hermanos? ¿Oran así los católicos, los protestantes, los anglicanos, los ortodoxos? ¿Oramos todos, después de contemplar la oración de Jesús y a la luz de esa contemplación? ¿No “manejamos” con frecuencia el “misterio” como si se tratara de un “problema”, cuya solución tanteamos con meros medios y procedimientos humanos?

La contemplación de la oración de Cristo debe librarnos de este abuso de “autosuficiencias”. No en balde se repite un hecho que pudiera parecer extraño: las almas contemplativas son, a las veces, los mejores orantes por la unidad, y, en consecuencia, los mejores ecumenistas. En esta “contemplación” se apoya esa hermosa realidad, iniciada por el sacerdote católico Couturier, de Lyon, que se viene llamando “monasterio invisible de la unidad” y agrupa en la “unidad de oración y sacrificio” a las almas más selectas de las diferentes confesiones cristianas. Ahí precisamente, a la altura de la contemplación, todas esas almas salvan las divisiones mezquinas y realizan la unidad por la oración. Y precisamente por la “oración del Señor”.

Es esta, por tanto, una responsabilidad de todas las comunidades: despertar y fomentar entre sus miembros vivos almas contemplativas que sean capaces de orar a nivel de la oración del Cenáculo. Almas, por otra parte, que pueden surgir del silencio de los templos, o del lecho de su enfermedad o del trabajo apacible de su oficina.

b) *Oración de penitencia y humildad*

Esta nota también arranca de la oración de Cristo, que dice: “Te pido, Padre, que les libres del mal”.

El pecado es el que dividió y divide a los cristianos. Es el germen canceroso de la desunión. En todo comienzo histórico de división y en todas las persistencias de la misma, siempre anida el pecado.

Si recorremos las oraciones históricas que han formulado los cristianos, encontraremos frecuentemente que miran más contra los otros que no hacia la responsabilidad propia. No es raro haber oído a los católicos proferir anatemas, en la oración, contra sus hermanos protestantes. Ni ha sido infrecuente que los protestantes, al orar, se consideraran mártires frente a sus hermanos católicos que venían tildados de verdugos o perseguidores.

Y cuando la autodefensa no iba tan lejos, al menos se quedaba en compasiva condenación de los autores de la separación. Así, por

ejemplo, oraciones de una u otra parte que sonaban de modo parecido a éste: "Señor, perdona a Lutero, a Cerulario, a Humberto de Silva Cándida, al Papa Clemente VII...

No. Esto no es lo urgente en nuestra oración por la unidad. Ni lo que a nosotros cumple.

Lo urgente, para nosotros, es "cargar nosotros con el pecado de las desuniones", "encarnarnos en él al orar por la unidad".

Esto, por una parte, es situarnos en la realidad, ¿quién dirá no tener pecado? ¿Quién de nosotros está exento de olvidos, descuidos, testimonios flacos, rivalidades escondidas o manifiestas? Y por otra, es imitar al Señor que "cargó con nuestros pecados" para unirnos a Dios.

Hoy, además, seremos inexcusables si seguimos otra postura. El Espíritu Santo ha suscitado tales ejemplos de "oración penitente y humilde" en esta línea, que resultaría insolente seguir manteniendo viejas formas de rivalidad intercristiana. Ahí están los ejemplos sublimes de varios jefes de Iglesias, que se reconocen penitentes ante el único Señor de los siglos y de la historia. Por no citar más que dos del mundo católico: el Papa Juan XXIII, que decía: "No pretendamos entablar un juicio; las responsabilidades están repartidas", y Pablo VI, que, en nombre de toda la Iglesia, delante de los observadores no católicos, en la ocasión solemnísimas de un concilio pidió público perdón con estas palabras: "Si alguna culpa se nos puede imputar por esta separación, nosotros pedimos perdón a Dios humildemente y rogamos también a los hermanos que nos perdonen".

Esta oración, por otra parte, es la que abre los caminos de la unidad, derribando el obstáculo del orgullo y autojustificación y haciendo que todos los cristianos se vean responsables del pecado.

c) *Oración de sufrimiento y dolor interior*

Dice un refrán sabio: "Mal que no veo, bien me lo paso". Quiero decir: Si la desunión no produce dolor interior, la oración por la unidad será siempre mortecina, poco viva.

El sentimiento de dolor arranca de la conciencia de "pecadores contra la unidad". Pero, no solamente de ella. Salta también del ser conscientes de los efectos lamentables de las separaciones. ¿Quién podrá no orar constantemente por la unión de los cristianos, si se hace cargo de que el Cuerpo Místico de Cristo se halla lacerado, si considera el escándalo que ofrecen los cristianos al mundo pagano

que quieren evangelizar, si tiene conciencia de la enemistad familiar a pesar de los lazos indestructibles que aún ligan a los cristianos (bautismo, palabra de Dios, sacramentos, etc...), si medita en la tragedia interior de tantos cristianos que caminan por senderos de angustia al no ver claro en qué comunidad podrán encontrar la plenitud del Evangelio?

Este sentimiento, en el fondo, es un “ruego vivo de unidad” y un acto de caridad con Cristo y con los hermanos.

En este sentido es claro que mientras el dolor de las divisiones no invada y penetre a “todos los fieles”, de toda confesión, faltará mucho para echar las bases de una auténtica oración ecuménica y aun del auténtico ecumenismo cristiano.

Ahora, llegar a identificarse con este dolor no es fácil a quienes han heredado el fardo de animosidades mutuas intercristianas. Nuestra generación, en esta línea, tiene una gloriosa responsabilidad histórica: la de encontrarse en el dolor por la desunión. Lo cual, en parte, es ya realizar la unidad cristiana.

d) *Oración de abandono a la voluntad de Dios*

Es muy fácil presumir de conocer los caminos de la unidad, cuando oramos. Y es muy frecuente, en consecuencia, formular la oración así: “Señor, que se conviertan los protestantes, que depongan su animosidad los ortodoxos”. “Señor, que se reformen los católicos”. “Que cesen los abusos juristicistas”, etc...

Con estas fórmulas estamos marcando al Señor los caminos de la unidad. Pero, resulta que los “caminos de Dios son inescrutables”. También los de la “unidad misterio”. ¿Qué cristiano, católico, protestante, ortodoxo o anglicano, podría, por ejemplo, pedir la unidad, hace ocho años, con esta fórmula concreta: “Señor, que haya un Concilio Vaticano II para resolver la unidad”. Y sin embargo, de hecho, en el círculo de la providencia de Dios, el Concilio Vaticano II ha sido, está siendo y será camino de la unidad cristiana.

También aquí hay que mirar el ejemplo del Señor. Cristo, al enseñarnos a orar, dijo: “Decid: Fiat voluntas tua” (hágase tu voluntad). Y al orar El mismo: Fiat voluntas tua. Y las diversas Iglesias, en sus liturgias, frecuentemente están en esta misma línea. Así, por ejemplo, la Iglesia Católica —a pesar de ser consciente de que conserva los elementos esenciales de la unidad que dejó a su Iglesia el Divino Fundador— reza en la Santa Misa: “Señor,

que dijiste a tus Apóstoles: *Mi paz os dejo, mi paz os doy; no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y dignate pacificarla y unirla según tu voluntad*".

Esta, pues, será la mejor oración por la unidad: la oración no polémica. La que une ya en el momento de formularla, puesto que todas las confesiones se "abandonan" en el mismo Padre que está en los cielos y sabe qué conviene dar a sus hijos para restablecer la unidad.

En cuanto a la Iglesia Católica, ésta es la oración recomendada por el Concilio Vaticano II, cuando dice: "La oración conjunta es un medio muy eficaz para conseguir la gracia de la unidad y una significación muy apropiada de los lazos que todavía unen a los católicos con los hermanos separados" (Decreto de Ecumenismo, n. 8). Oración conjunta, que, por ser tal, no puede menos de no ser polémica.

¿Hemos hecho siempre esta oración de abandono en la voluntad del Padre de todos? Frecuentemente lo hicimos al revés: los católicos decían: "que todos vengan a Roma"; los protestantes: "que todos se sacudan de Roma"; los ortodoxos: "que el Patriarcado de Occidente vuelva a la unidad con los Patriarcados de Oriente".

A esta oración, de modo eminente, se aplican las palabras de San Pablo: "Y el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene... y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios" (Rom. 8, 25).

El sacerdote francés Couturier la formulaba: "La unidad que Tú quieres, por los medios que Tú quisieres".

e) *Oración que pide la santificación de los bautizados*

A veces nuestro pueblo sencillo se escandaliza, si pedimos los católicos que se santifiquen los protestantes, o al revés. Hemos identificado demasiado la cuestión de pertenencia visible a la Iglesia con la cuestión de la santificación de los cristianos.

Para los católicos hoy está sumamente claro que los no católicos también pueden santificarse, en la proporción que disponen de los dones de Cristo. El Concilio Vaticano II ha afirmado con fuerza: "Los hermanos separados practican no pocos actos de culto... que pueden, sin duda alguna, producir la vida de gracia..." (Decreto de Ecumenismo, n. 3).

Pues bien, es el caso que la reconstrucción de la unidad sólo será posible a través de la "santificación de unos y de otros".

Al pedir todos la santificación de todos, coincidimos en las peticiones y realizamos otro aspecto de la unidad cristiana y evitamos nueva escisión, que puede fácilmente producirse desde una oración que pida el retorno de unos a otros.

Por otra parte esta oración actualiza y se fundamenta en la "comunidad de los santos".

APÉNDICE

Si hubiéramos de concretar los momentos más propicios para "orar en común por la unidad cristiana", podríamos establecer el siguiente calendario:

- a) Semana de plegaria universal por la unidad, del 18 al 25 de enero, por el hecho universal en marcha.
- b) Los días que corren desde la Ascensión del Señor hasta Pentecostés, que tienen a su favor el hecho apostólico de la oración de la primitiva Iglesia, en espera del Espíritu Santo, unificador de la misma.
- c) Los días en torno a Epifanía, cargados del sentido de la manifestación del Señor al mundo.
- d) El Jueves Santo, día de la Cena del Señor, en que se conmemoran simultáneamente la Institución de la Sagrada Eucaristía, sacramento de la unidad, y la oración misma del Señor por la unidad.
- e) El Viernes Santo, día de las solemnes oraciones de la Iglesia, en la conmemoración del misterio de la cruz que congregó a los hijos de Dios que estaban dispersos.
- f) Las fiestas de Pascua, que llenan de alegría a todos los cristianos.
- g) Las fiestas de los Apóstoles, que suelen ser recordados con veneración por todos los cristianos.
- h) Todas las ocasiones de acontecimientos ecuménicos (reuniones de estudio, fechas conmemorativas de encuentros importantes, etc.), que avivan fácilmente el interés unionístico.